

Miguel Artola

«La Historia global es una necesidad»

Carlos Martínez Shaw /
José Antonio Martínez Torres

A poco de terminar el año 2017, con motivo de la jubilación de Pablo Fernández Albaladejo, catedrático ahora ya emérito de Historia Moderna de España, el profesor Miguel Artola (San Sebastián, 12 de julio de 1925) nos anunciaba a todos los asistentes al acto de homenaje a su discípulo celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, que él, en sus extintas etapas docentes salmantina y madrileña, no había hecho otra cosa que «experimentar con la Historia». Es más, proseguía el veterano maestro de historiadores, unos pocos de los muchos estudiantes que asistieron a sus clases de Historia Contemporánea Universal en las universidades de Salamanca y Autónoma de Madrid entre las décadas de los cincuenta y ochenta del pasado siglo XX, habían tenido que vivir con las consecuencias de este particular pero original magisterio. Así, fruto de esta «experimentación con la Historia» habrían visto la luz importantes investigaciones colectivas como los siete volúmenes que componen la Historia de España de Alfaguara (1975), o los otros siete tomos de la Enciclopedia de Historia de España que editó Alianza Editorial en 1988, y en la que participaron sus alumnos y colegas más cercanos. Del mismo modo, no

hay que olvidar la realización de notables esfuerzos realizados en solitario como Los afrancesados (1955), Vida y pensamiento de don Gaspar Melchor de Jovellanos (1956), Los orígenes de la España contemporánea (1959), La España del Antiguo Régimen (1966-1971), los Textos fundamentales para la Historia (1968), La España de Fernando VII (1968), La burguesía revolucionaria, 1808-1874 (1975), Partidos y programas políticos, 1808-1936 (1977), Antiguo Régimen y revolución liberal (1978), El modelo constitucional español del siglo XIX (1979), La Hacienda del Antiguo Régimen (1982), La Hacienda del siglo XIX: progresistas y moderados (1986), Los derechos del hombre (1986), Nación y estado en la España liberal (1994), Reformas y políticas agrarias en la historia de España: de la Ilustración al primer franquismo (1996), La Monarquía de España (1999), El constitucionalismo en la historia (2005), La Guerra de la Independencia (2008), La revolución española, 1808-1814 (2010), o su último libro El Legado de Europa (2016).

Es difícil encontrar en la historiografía española pasada y presente un historiador que tenga la fecundidad, el empuje y el dinamismo de Miguel Artola para rellenar los huecos que todavía tiene nuestra Historia. Hay que conocer con precisión y detalle la Historia de España y Europa, y ello es algo que está a la altura de pocos investigadores y docentes. Acaso la figura de Artola es igualable a la de Jaume Vicens Vives (Gerona, 6 de junio de 1910-Lyon, Francia, 28 de junio de 1960) en tanto en cuanto ambos historiadores se han caracterizado por disponer de capacidad y carisma suficiente para liderar grandes empresas históricas destinadas a convertirse en clásicos apenas salidas de la imprenta. Del mismo modo, el intelectual gerundense y el donostiarra se asemejan porque han generado, probablemente sin proponérselo ninguno de ellos, escuelas de las que no pocos historiadores españoles –indistintamente de la edad y el lugar de nacimiento– hemos aprendido los fundamentos de la ciencia histórica.

Miguel Artola, como ha señalado certeramente Juan Pro, desde mediados del siglo pasado ha ensanchado en España los límites de la profesión

histórica proponiendo una concepción del pasado en la que se imbrican los fenómenos políticos, económicos y sociales, reconociéndoles una relevancia comparable a la de los hechos diplomáticos y militares, que eran los resortes básicos en los que se apoyaba la historiografía tradicional hasta ese momento. Esto le llevó a un diálogo fecundo con profesionales de especialidades vecinas a la historia como la historia del derecho, la historia económica o la política y la sociología. A su vez, y conviene insistir en ello, Artola se ha caracterizado por desarrollar una original y provocativa labor docente: más que imponer un relato histórico acabado, sus enseñanzas buscan hacerse preguntas y dudar del conocimiento establecido accediendo a los documentos históricos para someterlos a su análisis.

Sintetizando mucho su amplia biografía académica, Miguel Artola estudió Filosofía y Letras a principios de la década de los cuarenta en la Universidad Central de Madrid, en la que fue profesor adjunto de Historia de España y de Historia Contemporánea desde 1948, año de la lectura de su tesis doctoral dirigida por Ciriaco Pérez Bustamante, hasta principios de los cincuenta, tras previo paso por el CSIC, donde se ocupó de la secretaría de la Revista de Indias. En 1960 ganó por oposición la cátedra de Historia General de España de la Universidad de Salamanca, que desempeñó hasta que en 1969 se trasladó, junto a otros profesores como Fernando Lázaro Carreter y Francisco Tomás y Valiente, a la recién fundada Universidad Autónoma de Madrid como catedrático de Historia Contemporánea hasta su jubilación en 1988 manteniendo el título de profesor honorífico. Al mismo tiempo, el 2 de mayo de 1982 ingresó como miembro de número en la Real Academia de la Historia. Entre sus abundantes galardones y distinciones recibidos destacan el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1991) y el Premio Nacional de Historia (1992), así como los doctorados honoris causa por las universidades del País Vasco (1989) y de Salamanca (1992).

Su personalidad y su dedicación, su apego al trabajo y su constante ilusión por enfrentarse a temas nuevos son un estímulo y acicate para cualquier historiador; al margen de la edad y la especialidad que profese. Esta

entrevista en cuatro mil palabras pretende acercarse a la vida y obra del veterano maestro de noventa y cinco años, a su pensamiento, extraordinariamente vigente como podremos comprobar. Merece la pena comenzar por el principio.

— *Cuando escribe, en los años cincuenta, sus dos reveladoras obras sobre Los afrancesados y sobre Los orígenes de la España contemporánea, ¿tenía conciencia de estar ofreciendo un nuevo paradigma interpretativo sobre una temática postergada por la historiografía tradicional y tratada con reticencia cuando no con hostilidad por los propugnadores de una nueva visión «patriótica» de la «Historia de España» todavía predominante en aquellos tiempos?*

— Relativamente. Al iniciar mi investigación el nivel histórico era muy bajo, el concepto muy antiguo. La narración histórica acababa con los Austrias. Más allá no había nada. Yo no tenía interés por ese periodo. El siglo XVIII no existía. Sin embargo, a mí me atraía la revolución. Yo tenía un esquema inicial de lo que ocurría en torno a 1808, de las diferentes situaciones políticas: había absolutistas, había afrancesados y había liberales. Todo este terreno estaba irrespetuosamente dejado de lado por la historiografía del momento. Me atraía mucho estudiar a los absolutistas, los afrancesados y los liberales, a los tres grupos. Finalmente escogí el tema de los afrancesados por una simple economía de esfuerzo: al ver que había menos profusión de fuentes, pensé que sería más fácil su estudio. En ese momento me decidí a buscar un director de tesis, que fue Ciriaco Pérez Bustamante. Le propuse el tema y no lo cuestionó en absoluto. Me lancé sobre este tema leyendo una bibliografía antigua y visitando con frecuencia el archivo, el Archivo Histórico Nacional, cuando se encontraba en la Biblioteca Nacional. Los archiveros me ayudaron mucho aunque me proporcionaron papeles muy deslavazados, nada secuencial. En fin, recogí de aquí y de allá algunas cosas que me permitieron esbozar una mínima arquitectura del problema, presentando también una tesis

sintética con una documentación relativamente limitada. Antes de defender la tesis doctoral decidí ir a ver al doctor Gregorio Marañón, pues leí en el periódico una noticia que decía que Marañón iba a escribir un libro sobre el exilio español empezando por los afrancesados. Conseguí su teléfono y solicité una entrevista, que me fue concedida en la casa donde pasaba consulta, en la Plaza del Marqués del Duero. Nada más entrar en su despacho maravilloso, decorado con un greco absolutamente fascinante, le dije que yo estaba realizando una tesis doctoral sobre los afrancesados, preguntándole además si él pensaba hacer algo similar, a lo que me contestó que no quería hacer nada histórico, emplazándome a que le contara en un futuro mis adelantos, lo que lógicamente hice.

Cuando terminé la tesis doctoral, pasé a la segunda fase de mi plan de trabajo inicial, la de estudiar a los absolutistas y a los liberales. Los absolutistas los dejé a un lado y decidí centrarme en los liberales. Surgió así la segunda parte del proyecto primigenio, que se dispara porque empiezan a aparecer papeles en grandes cantidades, dispares y en diferentes sitios. Entre los hallazgos del momento quiero destacar una fuente realmente fabulosa: la biblioteca sobre la guerra de la independencia del general Gómez Arteche, comprada por el Senado (disuelto en el momento en que yo investigaba) y ubicada en el Instituto de Estudios Políticos. La biblioteca Arteche tenía una gran cantidad de folletos, fascículos y noticias de la guerra de la independencia. Todo estaba organizado de una manera un tanto irregular pero atractiva para un lector interesado como era yo. No tenía ningún índice, pero eso no impidió que consultara la biblioteca de abajo arriba y de arriba abajo. Arteche había utilizado la parte militar del fondo, pero toda la parte política no había sido considerada. Cuando ordené cronológicamente toda esta información ya tenía el índice de *Los orígenes de la España contemporánea*, que publiqué en dos volúmenes con el Instituto de Estudios Políticos.

— *¿Por qué la historiografía europea no ha sabido (o no ha querido) incorporar las aportaciones de los ilustrados españoles al conjunto de ideas que conforman la Ilustración europea? Sobre todo, cuando ya no existe la conciencia de una «España diferente», según el difundido eslogan franquista para justificar la pervivencia de una dictadura ya arcaica en aquella época. ¿O cree que sí lo ha hecho?*

— Esto era así. Sin embargo, hay que señalar un aspecto en relación con la historiografía: había hispanistas, aunque en este momento tengo la impresión que eran ya mayores. No habían empezado los nuevos. Hugh Thomas todavía no había publicado su libro sobre la guerra civil. Y tampoco John Elliott había sacado su estudio de la revuelta de los catalanes.

— *Sí, pero a propósito del siglo XVIII, ¿no piensa que la historiografía europea ha tardado mucho tiempo en pensar que igual que había una ilustración francesa y alemana, también existió una ilustración española?*

— No. En ese momento la aportación francesa, que era la más importante, era muy limitada. En esos años se estaba trabajando sobre la leyenda negra. Es verdad que la historia del siglo XVIII la estaban planteando con más libertad Jean Sarrailh y Richard Herr. Pero todavía ese no era el camino, pues planteaban sus problemáticas en una perspectiva más historiográfica que histórica. El nivel en España todavía era bajo.

— *¿Cómo valoraría ahora aquella experiencia piloto llevada a cabo en la Universidad de Salamanca y que cristalizaría en los tres volúmenes de La España del Antiguo Régimen de 1966-1971?*

— Esa experiencia resultó muy satisfactoria. Contábamos con una fuente de información que había sobrevivido milagrosamente. El catastro general, el catastro de Ensenada, se había perdido, se había quemado el 1 de abril de 1939 en el edificio del obispado de Alcalá de Henares. Sin embargo, yo encontré las respuestas particulares al catastro y decidimos trabajar con ellas. Las primeras que conseguimos fueron las de Salamanca, y recuerdo que creé y

establecí un equipo de estudiantes de historia de la Universidad de Salamanca para su estudio y análisis. Juntos hicimos una serie de libros cuya autoría recaía en el grupo, en la generación de aquel año. Primero salió publicada la cartografía y, luego, con unos pocos meses de diferencia, el análisis económico-social. No nos atrevimos con Andalucía por sus dimensiones. Tampoco con Galicia ni con Cataluña. Tenían ambas regiones una gran profusión de pueblos y referencias. Nos quedamos con Castilla, que contaba con un volumen de documentación menor que cualquiera de las otras regiones indicadas. Y es que había que publicar el estudio en el año correspondiente al de la promoción de estudiantes. El año 1971 fue el último de estos estudios. La experiencia, como les digo, fue fabulosa. Hasta conseguimos una crítica en una revista americana, lo que me sorprendió gratamente. Los estudiantes trabajaban de una manera rupestre, pues no teníamos nada del utillaje informático que hay hoy en día, pero así y todo pudimos sacar valiosos mapas de señorías.

— *Y, del mismo modo, ¿cómo valoraría ahora la novedad que supuso la aparición de aquella Historia de España de Alfaguara, a la que contribuyó con el tomo V dedicado a La burguesía revolucionaria (1808-1869)?*

— La *Historia de España* de Alfaguara me lleva a conocer a Luis Ángel Rojo, director general de estudios del Banco de España. Luis Ángel conocía a una familia principal de Pamplona que se habían dirigido a él para hacer algo por la cultura española. Ellos querían invertir en una empresa cultural pero no sabían en qué. Luis Ángel les recomendó promocionar una historia de España y otra de la literatura. Me llamó y quedamos para hablar del asunto. Yo le dije que estaría dispuesto a dirigir el proyecto, pero que antes le haría un pequeño guion. Yo siempre he hecho mis presentaciones en una dimensión muy mínima, no más de un folio. No me acuerdo si en el guion ya seleccioné a los autores, pero lo que sí

tenía claro era que la Historia de España constaría de siete volúmenes con un orden cronológico. El resultado del proyecto no me parece perfecto. Es verdad que no tenía mucha competencia, pero el trabajo fue bien acogido en su conjunto. El peor tratado por la crítica fue Ramón Tamames, pero lo cierto es que fue el autor que vendió más ejemplares.

—*Los Textos fundamentales para la Historia (publicados por primera vez por Revista de Occidente en 1968 y luego objeto de otras numerosas ediciones en Alianza Editorial) ha sido uno de los «best sellers» de su lista de publicaciones, «su mayor éxito editorial», según sus propias palabras. ¿Cómo supo comprender que esa antología cubría un profundo vacío en la historiografía española?*

—Bueno, eso correspondía a una perspectiva docente mía. La historia memorizada no era el sistema. Había que crear el objeto histórico que se iba a explicar. Este era el planteamiento de los textos, y ese planteamiento me llevó a escribir un índice (la historia del folio que ya les he contado). Un índice que tiene sus orígenes en la Universidad de Salamanca, pues cuando llegué a Salamanca, los catedráticos de Historia más veteranos me dijeron literalmente: «nosotros nos reservamos el dar clases de historia antigua». Todo esto hay que verlo en el contexto de Salamanca, pues la Universidad de Salamanca de esos años era el centro más importante del mundo en estudios minoicos, en lineal b, e incluso se fundó una revista de micénico que durante mucho tiempo fue una empresa única. Como yo no sabía nada de micénico y como no podía saberlo, decidí empezar mis clases por los poderes universales. Creé un índice para el primer curso de enseñanza, y en ese curso introduje unos temas que expliqué y comenté con unos textos. Di clases sin proporcionar ninguna referencia al autor y a la fecha de expedición. Sólo había que interpretar y contextualizar. A la vez que enseñaba iba preparando el libro. Cuando ya lo tenía hecho se lo propuse a Revista de Occidente, que lo acogieron, lo editaron y

lo distribuyeron. Llegó a salir una edición por año. Ortega hijo no comprendía mucho qué era aquello, porque me dijo un día: «hay que ver qué éxito para una cosa que no son más que recortes».

— Antiguo Régimen y revolución liberal: *¿Está ya cerrado el debate sobre la revolución burguesa en España?*

— En el momento en que sale este libro yo estoy rodeado de discípulos míos que están inspirados por el marxismo. Todos ellos me han hecho leer a Marx. Ellos lo conocían y yo no. Yo discutía con ellos y un día dije, bueno, ya estoy harto de dar explicaciones: voy a redactar pero sin acordarme de Tocqueville. Hoy el debate ya está amortizado, pero en ese momento, en la década de los setenta, era un tema candente. Por mi parte hubo críticas, incluso a gente con la que había colaborado y con la que tenía buenas relaciones personales.

— Partidos y programas políticos, 1808-1936. *¿Cree usted que está en la misma línea de los textos fundamentales aunque con un mayor nivel de investigación, sobre todo en el volumen introductorio?*

— Este trabajo es una ampliación de *Los orígenes de la España contemporánea*. La investigación tuvo dos problemas. Por una parte, quería hacer un estudio de historia política, lo que me llevó a leer sociología, a todos los sociólogos americanos. Y de otro lado, me faltaban documentos fundamentales. Así que tuve que buscar y acopiar todos los programas de todos los partidos políticos de España desde el liberalismo hasta el principio de la guerra civil. El primer libro recoge una teoría general de la política del momento. El segundo volumen contiene todos los textos en los que se apoya aquella. Tuve que viajar mucho para localizar documentos. Fui a Galicia, a Cataluña, e incluso viajé hasta Toulouse para reunir textos anarquistas únicos y de gran valor. Es más, en Hendaya, en la biblioteca de un caserío, me proporcionaron papeles que hablaban de los principios del partido nacionalista vasco.

—*Obras como La Hacienda del Antiguo Régimen o La Monarquía de España responden a una concepción tan original que ha permitido hablar de un «estilo Artola». Un estilo caracterizado por una introducción doctrinal, una apoyatura bibliográfica mínima (limitada a los títulos estrictamente ineludibles) y una exposición torrencial donde sólo se abordan los aspectos fundamentales evitando las particularidades que podrían hacer alejar al lector de las temáticas centrales que definen el contenido. ¿Por qué su necesidad de escribir esas síntesis que van directamente a lo que considera que es «lo esencial»?*

—Por eso mismo, porque es lo esencial. *La Hacienda del Antiguo Régimen* era un libro que tenía un autor —Felipe Ruiz Martín—, pero que no se decidía a publicar. Yo le comenté a Felipe Ruiz que estaba dispuesto a respetar su prioridad, pero él me dio preferencia para publicar mi trabajo. Después de este estudio, si exceptuó otro libro que publiqué en 1986 dedicado al periodo liberal, ya no me interesé por las cuestiones hacendísticas. Tras estas investigaciones me ocupé de la Monarquía, del concepto. Antes de empezar a escribir tenía que distinguir que una cosa era el Estado y otra la Monarquía. Así que, cuando lo tengo claro, decido ponerme a escribir y, al acabar, puse al manuscrito el título de *Monarquía de España* porque Monarquía Hispánica es una construcción historiográfica política creada muy definidamente en una época determinada. En el libro me planteo qué es la Monarquía y cómo se ha desarrollado en este territorio que es España. Hice una construcción teórica de lo que era la organización del Estado en aquel momento y me di cuenta de que no se desarrolló tanto como se pensaba.

—*Y ahora, Europa. Últimamente ha escrito varios libros sobre Europa. ¿Cree que proponer una nueva lectura de la historia de Europa contribuye a una reflexión sobre las posibles amenazas que parecen cernirse sobre el proyecto europeo o sobre los caminos que deberá recorrer en el futuro la Unión Europea para mantenerse fiel a su espíritu original evitando su de-*

cadencia? Y, finalmente, ¿tiene un veredicto sobre la actual situación de Europa?

—La *Historia de Europa* se perfila en el Colegio de Eméritos, que hacía y hace muchos cursos doctorales. Un día pensé en hacer algo más duradero y estable que un curso en el que se contarán los aspectos comunes que hacen Europa. Realicé un proyecto muy complicado de una historia de Europa extensa, sustantiva, colectiva, con trabajos de cien folios redactados individualmente, profusamente ilustrada y en dos volúmenes. Yo me reservé el guion y un índice de veinte capítulos. El proyecto se tomó con mucho interés pese a la crisis que atravesaba la institución.

La situación actual de Europa es crítica con la salida de Inglaterra y con la crisis económica que todavía atravesamos. Todo ello ha motivado que una buena parte de los países europeos pierdan fuerza. El sistema funciona pero superando obstáculos importantes. La ampliación a otros países resultó un trago difícil de digerir, pues muchos de ellos tienen un nivel democrático de baja calidad. Si Europa se recupera, que no hay razón para dudar que no se recupere, estará en igualdad con Estados Unidos y con otras dos nuevas potencias que se han alzado en el intervalo como China y Rusia, que no estaban en la carrera en ese momento.

—Y en esas circunstancias, ¿podrá defender Europa la calidad de su democracia?

—Sólo la puede defender Europa. Es decir, habrá o no habrá democracia pero será en Europa donde se pueda defender.

—De Europa al mundo. Si España primero y Europa después (y en medio Donosti-San Sebastián y Euzkadi-País Vasco) han sido los objetos de su atención, ¿cuál es su opinión sobre la actual globalización, que nos obliga a pensar en términos planetarios y que ha generado incluso una rama de la historiografía bajo el rótulo de «historia global»?

—La Historia global es una necesidad. Marchamos hacia ella. Yo he explicado Historia de Europa como una unidad. No se

puede explicar una Historia de Europa protagonizada sólo por las potencias. Eso no es Historia de Europa. Es la descripción de un capítulo de la Historia de Europa. Hay que conectar.

— *¿Se atrevería a recomendar algunas lecturas fundamentales al joven historiador español de hoy?*

— Es difícil. Hay una bibliografía abundante y rica sobre cualquier tema. No me atrevo. Sin embargo, lo que yo sí le recomendaría es que buscarse un problema, un campo de investigación, y sobre eso construyese una teoría. Si uno empieza con un objetivo preciso y significativo tiene muchas posibilidades de llegar a un destino.

— *Lleva siete décadas haciendo Historia con mayúscula. ¿Cuáles han sido los cambios más relevantes que ha observado en cuanto a las metodologías, las tendencias o las temáticas?*

— Sí, los ha habido. ¿Dónde estaba la historia económica? ¿Dónde estaba la sociología? No estaban en ningún sitio. Mucha gente era hostil a cohabitar. Hay que incorporar la historia constitucional a la historia, la física, la cultura... Todos estamos en el mismo terreno. No hay forma de evitarnos, nos guste o no. El impacto de los procesos sobre la conciencia de los individuos necesita de la Historia.

— *Finalmente, ¿podría revelarnos el secreto de su eterna juventud?*

— No sé, supongo que trabajar. Ilusión por el trabajo.

C. M. S. / J. A. M. T.